

La reconfiguración del tablero geopolítico global. La situación del bloque regional.

Jornadas de Reflexión Política

“La CTA Autónoma en la
nueva etapa de la Argentina”

29 y 30 de Noviembre de 2023
Buenos Aires

CTA 
autónoma

JORNADAS DE REFLEXIÓN POLÍTICA
“LA CTA AUTÓNOMA EN LA NUEVA ETAPA DE LA ARGENTINA”
29 y 30 noviembre 2023

Panorama internacional. La reconfiguración del tablero geopolítico global. La situación del bloque regional.

Escrito por Gustavo Lahoud y Julián Aguirre

La finalización de 2023 nos enfrenta con interrogantes y desafíos anclados en los fundamentos mismos en la cambiante dinámica de la realidad internacional, las reglas y relaciones entre Estados y comunidades humanas y entre los actores humanos y el planeta mismo. Presenciamos la **convergencia de múltiples crisis y transiciones** que nos presentan el cuestionamiento abierto a un orden, el de la denominada gobernanza liberal multilateral y el predominio dentro del mismo del eje atlántico, con centro en Washington. La exacerbación de la **disputa por definir el curso y forma que tomará la transición global** permite observar la trama de interrelaciones ligadas a la diversidad de intereses en juego por parte de las grandes potencias del sistema internacional.

La pandemia ha servido de catalizador de procesos en ciernes y que hoy se muestran de forma plenamente transparente. Hoy vemos con mayor transparencia los efectos de brechas a nivel social, político, y geopolítico: 1) la **disputa creciente por concentrar los costos de la crisis en mayorías más empobrecidas**; 2) la **carrera por concentrar la acumulación de riqueza en una minoría cada vez más pequeña**; 3) la **brecha entre las promesas y expectativas alentadas por la democracia liberal y las condiciones materiales creadas por el fundamentalismo de libre mercado**; 4) la **agudización de las desigualdades entre el Norte Global y el Sur Global** en materia socioeconómica, tecnológica, y de capacidad de respuesta a las crisis; 5) la exacerbación de la competencia por redibujar un **nuevo equilibrio de fuerzas entre potencias**, capitaneada por EEUU y China, y el derrame de esta nueva beligerancia sobre las esferas diplomática, comercial, financiera, tecnológica, informativa, energética, militar y ambiental.

A estos procesos que emergen del interior mismo del sistema global se suman la renovada competencia entre potencias. Entre los países que aspiran a reclamar un lugar en el reparto global de poder y status político y económico, y un centro global capitaneado por EEUU que hoy muestra una mayor beligerancia ante lo que percibe como amenazas a su posición de predominio. Vemos que esta disputa se derrama sobre todos los campos de las relaciones internacionales: el comercio, los flujos de información, la competencia científico tecnológica, la coordinación de respuestas a la crisis climática, la transición energética, el discurso belicista y la proliferación de conflictos armados en las periferias. Las credenciales humanistas de las instituciones de gobierno liberal se muestran vacías ante la indiferencia e ineficacia con el que el multilateralismo responde a la crisis alimentaria, de refugiados y de seguridad en vastas regiones del Sur Global.

La sucesión o convergencia de crisis significó un **enorme estrés ejercido en los últimos años sobre la capacidad de respuesta del Estado, así como sobre la adaptabilidad de las sociedades a estas transformaciones**: impacto en los vínculos sociales, en los ciclos y lógicas de la enseñanza, en las rutinas laborales, en la sostenibilidad fiscal de políticas de cobertura y pensiones sociales, en la mayor gravitación de las redes sociales sobre la comunicación y los vínculos interpersonales, en la desmovilización política y el repliegue de la vida común en el espacio público, en la socialización de las infancias y adolescencias en un mundo que por cerca de dos a tres años vivió sumido en las dinámicas de la pandemia, la cuarentena, el aislamiento social preventivo. **Esto pone de relieve la**

necesidad de pensar respuestas a la dimensión psicológica del periodo pos-pandémico, ya sea individual como colectiva, y sus repercusiones políticas.

Los diversos impactos de la pandemia de COVID-19 representaron un enorme estrés ejercido por cerca de dos años sobre la capacidad de respuesta del Estado y de las sociedades: impacto en los vínculos sociales, en el ciclo escolar, en las rutinas laborales, en la sostenibilidad fiscal de políticas sociales, de cobertura y pensiones, en la mayor gravitación de las redes sociales sobre la comunicación y los vínculos interpersonales, en la desmovilización política y el repliegue de la vida común en el espacio público, en la socialización de las infancias y adolescencias en un mundo que por cerca de dos a tres años vivió sumido en las dinámicas de la pandemia, la cuarentena, el aislamiento social preventivo. Esto pone de relieve la necesidad de pensar respuestas a la dimensión psicológica, ya sea individual como colectiva, y sus repercusiones políticas.

El impacto económico por la súbita caída o detención de la actividad, por un lado, y los efectos humanos y sanitarios, pusieron sobre la mesa la brecha entre sociedades de acuerdo a su capacidad para absorber y responder al embate de la pandemia. Su efecto sobre las cadenas globales de suministros, sobre los consumos y el acceso a trabajo afectó rotundamente la estabilidad social y económica de incontables poblaciones, pero también reveló una tendencia anterior: el retroceso de los sectores medios, la concentración acentuada de la riqueza, y la existencia de poblaciones “de descarte”, expulsadas a los márgenes del sistema económico, social e institucional.

A su vez, el giro hacia la automatización de mayores tareas en los eslabones productivos y de distribución y comercialización, los saltos en el desarrollo e implementación de Big Data e IA, trajeron consigo nuevos debates y cambios aún no del todo dimensionados para la organización y ejecución de actividades económicas y administrativas

Las sociedades se encuentran expuestas y procesando a la **masificación e intensificación de la actividad humana en y a través de redes sociales y los entornos digitales** como un nuevo territorio de relaciones sociales, laborales, políticas, discursivas. Este es a su vez como un territorio fértil para nuevas formas de organización e intervención pública pero también vulnerable a la manipulación, la desinformación, la difusión de discursos de odio, fáciles de explotar por viejas y nuevas derechas. Ante una sociedad con sus lazos comunitarios saturados y frágiles se levanta la máxima del individuo autosuficiente, presto a competir en una sociedad del descarte y de los lazos fugaces de la competencia normalizada.

Desde la **dinámica financiera del poder**, se puede señalar el agravamiento de la delicada situación de volatilidad, incertidumbre y creciente aversión al riesgo por parte de los actores económicos de proyección global, ante el aumento de la conflictividad internacional expresada en las dinámicas de otras dimensiones del poder como la geoestratégica, muy influenciada por el escenario de creciente enfrentamiento entre diversas potencias capitalistas.

Un factor adicional que impacta en la dimensión financiera del poder, es el creciente endeudamiento de países, empresas y familias, no sólo en las áreas más prósperas del Norte hemisférico, sino en diversas regiones del Sur global. Estas tendencias se superponen con dinámicas especulativas que han caracterizado la evolución de los sectores de la actividad económica ligados a la denominada economía informacional o del conocimiento, desde los mercados de monedas electrónicas y las cadenas de bloques (Blockchain, por su acepción en inglés), hasta el cambiante y caótico funcionamiento de los mercados financieros mundiales.

La dimensión financiera se ve crecientemente impactada por el agravamiento del escenario de guerra entre Rusia y Ucrania, lo cual ha llevado al aumento persistente de los precios de alimentos y bienes energéticos. El **mercado de la energía** se hallará condicionado por la instrumentalización de **la economía como otro frente de guerra y competencia**, conforme la implementación cada vez más extendidas de sanciones y bloqueos se derrama sobre la adquisición de mercados, los flujos de inversión y la cooperación energética. Otro factor a tener en cuenta se encontrará en la tensión y articulación público – privada en torno a las políticas y estrategias a adoptar de cara a la transición, cuánto se consoliden las energías alternativas en los próximos 15 años y la capacidad de adaptación o inercia que muestren las economías y actividades centradas en los combustibles fósiles. Mientras que EEUU que en la década pasada se ha reconvertido de importador a exportador neto de energía, China se encuentra liderando los ámbitos de la producción e innovación en materia de energías alternativas

Si en 1945, a la salida de la segunda guerra mundial, los Estados Unidos representaban el 50% de la producción mundial de bienes y servicios- lo que constituía, per se, uno de los datos más contundentes sobre la consolidación de la hegemonía estadounidense en el orden global de la Guerra Fría-, hacia comienzos de la tercera década del siglo XXI, los Estados Unidos representan el 25% aproximado de la producción mundial de bienes y servicios. Un dato adicional, está ligado a lo que podría ser la lenta pero paulatina pérdida de hegemonía del dólar como moneda de reserva y transacción internacional, a manos del yuan renminbi chino y de otras monedas como el euro, el yen, la libra u otros acuerdos de monedas con alcance bilateral o multilateral. Sin embargo, la dinámica de las transformaciones financieras es compleja e incierta.

La creciente intensidad de la competencia estratégica con alcance mundial entre Estados Unidos y China se ha caracterizado por una serie de cambios productivos, económicos, comerciales, financieros, logísticos y geopolíticos que han erosionado la dinámica de poder en el sistema internacional. Ello se agrava por la **evidente crisis de legitimidad y liderazgo de las instituciones y reglas del multilateralismo**. La proliferación de conflictos antes contenidos o congelados da cuenta de un des-orden situado entre la fragilidad de los Estados y la competencia geopolítica. Palestina-Israel, Nagorno Karabaj, Myanmar, Afganistán, Sudán, Etiopía, Yemen, Mali, la República Democrática del Congo, Etiopía, Ucrania, el Mar del Sur de China, son algunas geografías donde vemos desenvolverse tensiones que a menudo estallan en violencia política y conflictividad armada. Un estadio de (in)seguridad rutinaria, de conflictos contenidos pero irresueltos, de zonas de precarización de la vida, alimentando nuevos y mayores flujos de migraciones forzadas.

En este contexto, los mensajes de los principales organismos de crédito internacional, con el Fondo Monetario Internacional (FMI) a la cabeza, señalan periódicas alertas sobre la **creciente probabilidad que el sistema económico global afronte un período de profundización de tendencias recesivas en la economía**.

Si se pone el foco en la evolución de las relaciones comerciales económicas internacionales de los últimos años, se han observado dos grandes tendencias. Por un lado, el **deterioro creciente de las perspectivas de crecimiento del comercio internacional**, que ya era visible en el contexto de la realización de la última cumbre relevante de la Organización Mundial de Comercio (OMC) desarrollada en Argentina a fines de 2018. Por el otro, la mayor conflictividad comercial, materializada en el aumento de los contenciosos y diferendos comerciales; en ese plano, las disputas crecientes entre Estados Unidos y China. En este aspecto, también deben identificarse situaciones de ciertos sectores estratégicos como el de las telecomunicaciones, industria

hidrocarburífera, minerales críticos y fabricación de semiconductores, microchips y equipamiento tecnológico complejo, por citar algunos de los más significativos. Si se pone el foco en el desarrollo de la tecnología y los medios de proyección y despliegue del 5G, se puede auscultar el conflicto que enfrenta a actores muy potentes de la economía de datos global como las chinas Huawei, Tencent y otras, o las estadounidenses Meta, Google o Twitter. Ciertamente, en este punto se identifican diversos mercados en los que este tipo de actores juegan un rol fundamental en la configuración de las tendencias observadas.

Sin embargo, no estamos ante una reedición de la guerra fría. Por más que puedan identificarse dos candidatos claros por la supremacía global, estos no comprenden bloques ideológicos, geopolíticos y geoeconómicos excluyentes. A su vez, las potencias intermedias jugarán un rol determinante en el balance de poder, según cómo puedan conducir estrategias que naveguen la tensión entre el alineamiento y la autonomía. India, Indonesia, Australia, Japón, Irán, Arabia Saudita, Turquía, Etiopía, Sudáfrica, Nigeria, México, Brasil y Argentina son algunos actores que pueden encontrar ventanas de oportunidad para reclamar una mayor relevancia e iniciativa en el escenario global. Allí también tendrán parte la capacidad de los Estados para articular instancias colectivas intermedias y regionales, por lo que los bloques e iniciativas multinacionales en materia económica, diplomática y de seguridad podrán alcanzar otra dimensión: el Proyecto del Cinturón y la Ruta promovido por Beijing y sus organizaciones financieras asociadas, el Consejo de Cooperación del Golfo, ASEAN, la Organización para la Cooperación de Shanghai, el QUAD, el MERCOSUR, la UE, la OTAN, son algunos proyectos que, más allá de su diferente naturaleza y grado de consolidación, adquirirán un protagonismo cada vez más habitual.

América Latina como región tendrá por delante el desafío entre construir su lugar como actor de relevancia o resignarse a ser la arena para el despliegue y competencia entre los intereses de terceros.

ARGENTINA EN Y ANTE EL MUNDO

Si se piensa en la República Argentina, se pueden mencionar tres grandes áreas geográficas significativas desde este enfoque que cruza geopolítica y geoeconomía. Por un lado, la centralidad creciente del espacio de explotación hidrocarburífera no convencional en Vaca Muerta, atraviesa intereses de diversa índole. Allí gravitan los actores nacionales y subnacionales de gobierno, junto con actores corporativos nacionales y transnacionales y diversas organizaciones de la sociedad civil. Estos entramados configuran relaciones que suelen ser muy difusas y, por ende, el abordaje sistémico suele ser muy problemático, lo cual debilita las capacidades de intervención sobre estas mismas realidades en dos grandes orientaciones, tanto las enfocadas en materia regulatoria como extractiva.

Por otro lado, un espacio transfronterizo vital en la actual coyuntura como trama en disputa, es el denominado triángulo del litio, que tiene sus propias complejidades multidimensionales tanto en Argentina, como en Bolivia y Chile. Tanto los actores, los intereses en juego como las configuraciones de los entramados que es importante identificar, constituyen una realidad compleja que es no sólo un nuevo pendiente geoestratégico, sino un espacio abierto a la recreación del diseño institucional en términos regulatorios y extractivos. Asimismo, junto con estas agendas, pueden identificarse otras de menor presencia o protagonismo en el debate nacional, pero que probablemente orientarán nuevas definiciones en el plano de las

transformaciones productivas ligadas a la transición energética. Nos referimos a la electromovilidad y a las iniciativas orientadas a la promoción del hidrógeno.

Por último, el gran espacio de la denominada red navegable troncal del complejo Paraguay Paraná, configura un escenario relevante para la circulación de mercancías agroalimentarias que suelen tener destino de exportación a grandes mercados mundiales. En este punto, las dinámicas de circulación y exportación están impactadas por la relativa capacidad de maniobra de los actores involucrados, que también constituyen un delicado entramado público-privado, nacional-subnacional, nacional-trasnacional, que resulta fundamental identificar y comprender. La puja en torno a la tierra y el potencial acceso y/o posible explotación de fuentes de bienes hídricos, minerales y alimentarios. como factor productivo atraviesa también realidades, temporalidades y percepciones de gran complejidad y diversidad.

Ciertamente, hay otras dimensiones del poder, como la tecnológica, que interpelan especialmente la reconfiguración espacial y temporal de un sistema internacional fluido, inestable, incierto y plagado de obstáculos, limitaciones y conflictos que se expresan en las interrelaciones dinámicas de las mismas dimensiones del poder. En el juego de la tecnología, la variedad de vinculaciones posibles orienta las perspectivas descriptivas y analíticas desde aquellas innovaciones tecnológicas que impactan decisivamente en estrategias de uso dual, hasta el inconmensurable y, por momentos, inasible mundo de lo intangible, lo inmaterial, todo aquello que tiene que ver con las tramas de intensificación de las rentabilidades ligadas a la información como fuente de valor en los mercados mundiales. En esos riesgosos escenarios, que atraviesan realidades muy desequilibradas en términos de capacidades de poder, también se dibujan perspectivas de tramas público-privadas, nacionales-trasnacionales, que resulta imprescindible identificar más temprano que tarde.

A su vez, en estos entramados surcados por la volátil dinámica de las redes globales y regionales, se dibujan en el horizonte la creciente preocupación sobre el futuro del trabajo humano. Las dinámicas tecnológicas desterritorializadas convierten a la humanidad y a la clase trabajadora en el objeto de estrategias de dominación y control biopolítico que pueden deteriorar aún más los imprescindibles espacios de comunidad y asociación que deben consolidarse en el mundo del trabajo organizado.

Por otro lado, en este escenario, el tejido científico-tecnológico nacional ha logrado sobrevivir a intensos y variados desafíos político-institucionales, económicos, sociales y culturales. Esa misma persistencia de lo tecnológico como fuente de poder, materializado en áreas de capacidad innovadora nacional, como la nuclear y la aeroespacial, recrea la perspectiva proyectiva y hacedora nacional.

Finalmente, las dinámicas cambiantes del poder aquí enfocadas y las vivas vinculaciones multidimensionales que se desprenden del caótico devenir de los asuntos internacionales observados en la coyuntura actual, son sólo fotos o instantáneas de películas en movimiento que se escenifican en cambiantes y difusas espacialidades y temporalidades, aquellas propias de estos tiempos tan inasibles como oscuros, tan desafiantes como riesgosos, tan plenos de utopías comunitarias anheladas, como de distopías persistentes que parecen perpetuarse al son de la omnipresencia de las tecnologías inmateriales que pueblan nuestras vidas.

En estas complejidades, la agenda del cambio climático atravesada por las transiciones productivas- entre ellas, la energética-, pone ante nuestros ojos una realidad ya difícil de ocultar: la dinámica extractiva del capitalismo en el último siglo ha sido tan profunda y permanente, que ha

puesto en riesgo la capacidad de regeneración biofísica del planeta tierra y, con ello, la posibilidad de la vida humana tal como la conocimos.

Las fracturas expuestas y los impactos de estas crisis vuelven más urgente, y permiten que una mayoría social (aunque todavía minoría política) vea, la necesidad de un cambio de paradigma. Cambio que ya no es meramente institucional o económico, sino civilizatorio. Cambio que puede ser facilitado si se realiza el aprendizaje y apropiación pertinente de las herramientas actuales. Las redes sociales que han atomizado individuos y han dado forma a una cultura de consumo de información saturada e inmediata pueden servir también para innovar en formas de organización visibilización y comunicación que rompan con la concentración del sistema de medios convencionales. El mismo entorno digital ha ampliado las capacidades de monitoreo y control estatal, y por lo tanto de represión, pero su naturaleza dispersan ofrecen nuevas tácticas para escapar a la censura. Las actividades laborales asociadas a las tecnologías emergentes han fomentado el aislamiento de una nueva generación de trabajadores, y enmascarado la explotación detrás del imaginario del emprendedorismo. Pero su exposición a formas de sobreexplotación ya da cuenta de nuevas formas de militancia sindical, y también han abierto la posibilidad de discutir, demandar y repensar las lógicas de la rutina de trabajo y sus tiempos, la extensión de los derechos al acceso a la conectividad y la desconexión, y la reducción de la jornada laboral.

Donde la coalición de elites transnacionales y sus intermediarios políticos de las viejas y nuevas derechas buscan reformar laborales y jubilatorias regresivas, crecen las voces que reclaman por un salario universal y la reducción de la jornada laboral. La embestida de discursos de odio y partidos de corte fascista presenta una amenaza a una democracia desencantada, pero también ha activado una militancia de nueva intensidad en el movimiento sindical, de mujeres y disidencias, migrante, entre otros actores sociales que buscan defender lo conquistado y disputar la presencia en el espacio público. El capitalismo busca reconvertirse tiñéndose de verde bajo los discursos de la sustentabilidad, pero ese mismo esfuerzo por reconstruir su legitimidad ante la depredación de la vida refleja el vigor que van ganando las posturas por construir un sistema que ponga a la vida del planeta por encima de la acumulación irrestricta de ganancias.

El orden mundial se muestra más frágil y belicoso, pero las jerarquías de poder del orden unipolar han sido irremediablemente cuestionadas, y el consenso neoliberal puede encontrarse de pie todavía pero también ha encontrado sus límites. Son tiempos de incertidumbre, pero por eso mismo son tiempos que demandan creatividad. Las formas de la vieja política y el status quo no morirán por sí solos, sino que requerirán canalizar la fuerza organizada de las mayorías que en el Sur Global cada año muestran más rebeldía.

Ante esa encrucijada, ser y estar en comunidad, en la tierra que habitamos, para reconstituir un horizonte común de futuros posibles, es una primera e ineludible tarea.